

PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administración que en las brevieras.)

Por un mes. 4 reales.
Por tres id. 11 »
Por un año. 40 »

La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto 4 cuartos en toda la Península.

Pago al pedir la suscripción. La correspondencia al ADMINISTRADOR DE GIL BLAS.

Director: LOUIS RIVERA.



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon. . . 15 reales.
Por seis id. 28 »
Por un año. 50 »
EXTRANJERO.—Por tres meses. . . 30 »
ULTRAMAR.—Un año. 6 pesos.

Se publica dos veces á la semana, jueves y domingos.

Administración y Redacción, Huertas, 32, proel.

Toda suscripción de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

Dibujante: JOSE LUIS PELLICER.

MANIFIESTO DE GIL BLAS A LA NACION.

Hay momentos solemnes en la vida de los pueblos... de los periódicos, quería decir; pero se me ha pegado el estilo de los manifiestos políticos.

Resumiendo: GIL BLAS ha resuelto desde 1.º de año hacer un cambio profundo en sus condiciones materiales.

Conociendo que el dinero anda por las nubes, y que el gobierno se empeña en que todos andemos á la cuarta pregunta;

Considerando las infinitas quejas de las clases populares, que desean una edición de GIL BLAS Á DOS CUARTOS;

Considerando que el precio de CUATRO CUARTOS á que hoy se vende nos priva de ejercer saludable propaganda entre los pobres, que son los más y nuestros aliados naturales;

Considerando, por último, que para vender el periódico á DOS CUARTOS es necesario armonizar este precio con los de suscripción;

Hemos resuelto lo siguiente:

Desde 1.º del año 1872 GIL BLAS se publicará en igual tamaño, papel y caricatura que hoy se publica; pero una sola vez á la semana, que será los domingos, vendiéndose en toda España al precio de DOS CUARTOS cada ejemplar.

PRECIOS DE SUSCRICION DESDE 1.º DE ENERO DE 1872.

En Madrid.

Por tres meses. 6 rs.
Por un año. 24 »

En Provincias.

Por tres meses. 8
Por un año. 30
EXTRANJERO, tres meses. 16
ULTRAMAR, un año. 80

Por comisionado, fuera de Madrid, 2 rs. más cada suscripción.

Para los vendedores: 4 rs. la mano de 25 ejemplares.

A los suscritores y vendedores que tienen pagado á los precios anteriores, se les prolongará el tiempo de abono con arreglo á los precios que regirán desde enero próximo.

Regocijaos ¡oh españoles y españolas! ¿Quién por dos cuartos cada ocho días no echa una cana al aire y colecciona un periódico cuyas caricaturas constituyen por sí solas la historia política del año?

Por lo demás, excusado es advertiros que la política y conducta de GIL BLAS no variarán en un ápice, continuando siempre al frente de él su fundador y actual director

Luis Rivera.

Crónica.

Todo sigue su ordenado curso bajo el imperio del orden que nos hace felices.

Los diputados van pasando del estado de orugas al de brillantes mariposas: es decir, que siguen tomando posesion de sus destinos; la Bolsa descende majestuosamente, y despues de tres años de frenesí electoral, los ciudadanos españoles se van alejando de los comicios, dejando cada dia más expedita la accion del gobierno para las elecciones.

Varias autoridades han resuelto ya no publicar las listas de electores, privar del derecho electoral á los que no hayan pagado arbitrios, y alejar con los tradicionales trancazos á los enemigos del ministerio. Siguen las cruces y encomiendas lloviendo sobre los muñidores de elecciones, y sigue la Gaceta publicando las disposiciones que dentro de un mes se habrán de declarar sin efecto.

Los generales borbónicos Martinez Tenaquero y Ceballos, que encontraban poco borbónica á doña Isabel II, se acogen á la amnistía.

Dícese que se les concederá la vuelta al servicio. Deseando estamos que se vea demostrado que dos carlistas sirven para servir á D. Amadeo tanto como dos calamares.

La Providencia no nos negará ese consuelo.

A este propósito, vaya un despropósito.

La Junta central del partido carlista reuniéndose, dando cuenta de la separacion de algunos de sus individuos y volviendo á completarse, se nos figura un monton de hojas secas que con el viento se arremolinan, se juntan, se esparcen por el suelo y vuelven á juntarse.

Dicen que esta vez el soplo ha venido del padre de D. Jaime.

D. Jaime es un párvulo de casa real, hijo de uno de los muchos Carlos de Borbon que en España hemos conocido... digo mal: que no hemos conocido en España.

Los Carlos, reyes de España, son para España lo que es el patriarca de las Indias para las Indias.

Cimbrios y calamares continúan recordándose unos á otros las virtudes de que carecen.

No paran un momentito en esta apreciable tarea.

El país está ansioso de averiguar cuáles son peores, porque la misma abundancia de datos por una y otra parte dificulta en extremo el formar concepto.

La monarquía continúa siendo hereditaria y avanzando hácia el término á donde suelen ir á parar todas las monarquías hereditarias.

Al chico D. Alfonso le vuelven á cambiar de colegio. Ahora se ha resuelto que vaya á estudiar á Berlin.

Dicen por ahí que el duque de Montpensier se ha incomodado porque no le dejan intervenir en la educacion del niño.

Pero, señor duque, ¡por Dios! si Vd., que ha estudiado para rey, no ha sabido serlo, ¿cómo habia de saber enseñarle al niño el oficio?

Convénzase Vd. de que la familia hace bien. Y desenójese.

Me aseguran que el Toison enviado al hugonote M. Thiers es el mismo que usó el católico Felipe II. ¡Lo que es el destino de las cosas humanas!

Ya no me admira que los calamares gobiernen con los mismos medios que los polacos.

Se busca una fórmula para que el clero cobre prestando á la Constitucion un juramento que no le comprometa á nada.

En dos segundos tiene encontrada cualquier mediano teólogo una fórmula semejante.

Conviene, pues, aprovechar sus conocimientos; que juren, que cobren, que influyan en las elecciones, y que dentro de poco se pueda anunciar que D. Amado cuenta con el decidido apoyo de cuantos viven á expensas del prójimo.

El dia que los monárquicos revolucionarios y democráticos puedan alabarse de tener al clero en su favor, será un dia de júbilo para todos.

Como aquel dia en que el marido dice: no, lo que es Juan no me la pega.

Roberto Robert.

CUESTION DE PAN.

(Episodio de una vida privada).

Es de presumir que hasta los más ciegos estén ya completamente desilusionados: digo, me parece que obstinarse todavía en celebrar las excelencias del régimen liberalesco vale tanto como emprender el camino hácia un manicomio.

Compréndese, en efecto, que haya quien de buena fe defienda el sistema liberal sin conocerlo; pero el insistir en defenderlo despues de practicarlo, muestra infalible es de falta de inteligencia ó de sobra de malicia; por eso un filósofo muy entendido en estos asuntos afirma en una de sus obras más notables que los liberales son estúpidos ó malvados.

No quiero hablar de los excesos de todo género que un dia y otro dia escandalizan el pudor de la

gente sensata; prescindo de los abusos continuos que á todas horas se cometen; quiero dar al olvido—¡oh, eso sobre todo!—las pecaminosas reuniones en que algunos obreros piden aumento de jornal con el pretexto frívolo de que lo necesitan para atender á sus necesidades; todo esto es malo: convenido; da tristísima idea del estado de nuestra España, es cierto; pero á la postre podría tolerarse; por eso doy de barato que todo se acepte y sea consecuencia necesaria de la dichosa libertad; mas ¿cómo puedo sufrir que la prensa se desborde hasta el extremo de no respetar *el sagrado* de la vida privada?

Sobre si tal ó cual ministro da á sus criados pan blanco y excelente, ó se lo da negro é *inmasticable*, hánse escrito en estos últimos días gacetillas y aun sueltos en los periódicos de oposicion.

¿Es este acaso el deber de los periodistas? ¿Incumben á nadie que el señor H. ó el señor R. dé bueno ó mal trato á su esposa, castigue cruelmente á sus hijos ó dé nociva alimentacion á sus criados? No seguramente, ni esto es cuenta de nadie.

«Cada uno en su casa y Dios en la de todos,» dice el refran, y en él se echan de ver al mismo tiempo el espíritu de independencia y el de religiosidad que á nuestros mayores distinguieron.

Cada uno en su casa, sí señor, y si en ella no se conduce bien, allí está Dios mismo para castigarle, sin que nosotros tengamos que meternos en negocios de conciencia.

Pues bien, con ser esto tan natural y tan corriente, no hay periodista republicano que lo sepa, y hoy se permiten exhibir el pan que un ministro da á los trabajadores de su cortijo—con el fútil pretexto de que es mal pan,—y mañana se tratará de inquirir cómo y cuándo se verificó un cambio de fortuna que nadie se explica.

De esta manera no hay sociedad posible.

Como si no fuera fácil que un tonto—con perdon sea dicho—llegase á ministro y desempeñase bien su cargo. A más de que ese mismo pan que tan malo parece á los periodistas es manjar sabrosísimo y grato para los hombres á quienes se da, y que no son sibaritas como los obreros de las ciudades populosas, que pretenden ¡picarones! disfrutar lo que las personas decentes y principales disfrutamos.

¡Oh, quién me diera volver ahora á los felices tiempos de Isabel de Borbon, ó á los más felices todavía de su señor padre oficial el señor rey D. Fernando VII! ¡Aquello era vivir tranquilo; aquello era paz; aquello era gloria!

Los pequeños respetaban á los grandes; los nobles nunca alternaban con los plebeyos, sino con raras y mal vistas excepciones; el amo alimentaba á los criados con las sobras de sus festines, ó como le parecia mejor; los oficiales temblaban humildemente delante del maestro, y ni por la imaginacion les pasaba nunca pedir aumento de jornal; si alguno que otro hablaba de libertad, metíanlo luego en un calabozo; si otro se atrevia á cantar un himno, se le ahorcaba sencillamente. ¡Oh! lo repito, aquello era vivir, que no esto de ahora; época tristísima en que ¡quién lo creyera! los trabajadores dicen que son tan hombres como nosotros, y hay quien lo sostiene, y hasta quien va más adelante, y dice que los hombres laboriosos valen más que los que nada hacen, idea subversiva y diametralmente opuesta á la que entre los grandes ha prevalecido siempre.

A. Sanchez Perez.

A ISIDRO FERNANDEZ,

que rechazó la encomienda de Isabel la Católica que le mandó el gobierno el primer día de elecciones.

Ayer en *El Imparcial*
tu carta leí con gozo,
y aunque seas radical,
te digo que eres un mozo
muy discreto y muy cabal.

Rechazando esa encomienda
mostraste una buena senda
y en tiempo muy oportuno;
hora es ya de que haya alguno
que ni compre ni se venda.

Aunque con mucha razon
dirás que solo un deber
cumpliste en esta ocasion,
tales llegamos á ser,
que es original tu accion.

Y si todos, como tú,
con horror un gatuperio
rechazan, ¡por Belcebú!
se irá cantando el *Mambrú*
este Mambrú ministerio.

A nadie debe admirar
que la gente que ahora manda
sea tan pródiga en dar;
no todos saben ganar
una cinta ó una banda.

Libre de nécia ambicion,
consecuente en tu opinion,
Isidro, has venido á dar
del siglo el gran bofetón
á la gente calamar.

No extrañaré se le empache,
ó que en saco roto la eche,
ó bien que le llame H;
ó, porque no le aproveche,
la arroje furioso á un bache.

Allá en el suelo andaluz,
por un método contrario,
un mandarin avestruz
da al elector un calvario
para obtener él la cruz.

Aquí con gran prevision
ofrecen cruces por votos,
si allí palos *sans facon*;
y por caminos remotos
siempre hallan compensacion.

Pero tu atencion no sé
si debo más ocupar,
perdóname el tú y el te,
y sabes puedes mandar
á tu amigo

MICALÉ.

LA PROCLAMA DEL ORDEN.

Desatinado, frenético, acometedor, furioso, eleuterófono; echando espumarajo por la boca, fuego por los ojos y chispas por los carcañales; con voz aguardentosa, traje descompuesto, pelo erizado y mirada torva, echóse el martes á los cafés de Madrid el ingenio de un hombre de orden en forma de proclama ministerial, gritando desaforado: ¡ALERTA, MADRI-LEÑOS!

¡Cosa rara! Las descompuestas voces del asustado calamar hacian desternillar de risa á los lectores de su parto literario. ¿Por qué? ¡Vaya Vd. á saber!

Segun pude deducir del impreso, su objeto era denunciar «la más monstruosa de las coaliciones» que quería producir «la más espantosa anarquía» y por «los más reprobados medios,» y gracias á «la más horrible y asquerosa amalgama,» «llevar á cabo la más infernal empresa» por «las más reprobadas artes.»

No hay más *mases*, ni ménos *mases*.

Al ver el género literario de la proclama decian unos: «Eso es ministerial.» ¡Como si no fueran ya suficientes las tachas que tiene el ministerio sobre sí!

Yo opino que antes de crear obra de un ministro el papel en cuestion era preciso haberse hecho la reflexion siguiente: ¿Saben los señores ministros escribir siquiera como está escrita la proclama de que me ocupo?

Pero, por otra parte, si se compara el género literario de la alocucion ministerial con el pan que el Sr. Candau da á sus trabajadores (del cual hay una muestra en la redaccion de *La Igualdad* para que lo admiren con regocijo los amantes del *orden de cosas*); comparados, repito, el pan y la proclama parecen obra de una misma mano.

Parece, sin embargo, raro que un gobierno que para ganar las elecciones tiene á su disposicion el telégrafo, el ejército, las condecoraciones, las cesantías, los nombramientos, la Partida de la Porra, los

secuestradores de urnas y libros talonarios y otras zarandajas antiguas y modernas, recurra tambien á las proclamas espeluznantes para denunciar «á los que se mueven en todas direcciones con la vivacidad y arteria de los reptiles.» (¿Qué querrá decir esto?)

Sin embargo, la prueba patente, la proclama obra en mi poder. ¿Quién quiere verla? ¿Quién quiere pasar con ella un buen rato?

Yo copiaría algun trozo de buena gana; pero ¿qué trozo escoger? ¡Si no tiene desperdicio! ¡Si son tres columnas de prosa encantadora!

Opinan otros que la proclama en cuestion es el género de muerte decretado contra la democracia por el partido calamar. Es decir, que los sagastinos quieren exterminar á los radicales como en las casas de huéspedes se exterminan los ratones: con pan del señor Candau mezclado con cabezas de fósforos de Lizarbe. Pero la medicina fué ineficaz, y al día siguiente de la aparicion de la proclama, el gobierno era derrotado en todas partes. ¡Está claro! ¿Quién va á querer ser partidario de un gobierno que adopta ese género de literatura?

Y ¡lo que es la curiosidad! Tambien yo me he interesado por conocer al autor de la hoja en cuestion, y he hecho mil y mil conjeturas.

¿Será algun caballero de Isabel la Católica? ¿Será algun ex-empleado del Patrimonio aficionado á los pinos? ¿Será algun teniente de la Partida de la Porra? ¿Será alguno de los ministros más desconocido? ¿Será algun redactor de *La Gorda*, que ha ofrecido su venenillo al gobierno?

Pero ¡caramba! Si el caso es que, buscados con candil, no hay media docena de españoles capaces de reunir tanto adjetivo en tan pocas líneas. ¡Calla! ¿Si será...? ¡No quiero creerlo! No basta haber escrito dramas rechiflab.es para cargar el sambenito á un hombre.

La hoja comienza diciendo: «¡Pueblo de Madrid. La demagogia avanza.»

Me creo en el deber de dar la voz de alerta. *La demagogia* de la lengua avanza rápidamente. ¡Ay de aquel que haya apoyado con su voto á los correligionarios del autor de la proclama! ¡Valiente honor le cabe!

En mi concepto, lo que hay es que el autor del papel copiado ha oido decir que las bebidas alcohólicas despejan la imaginacion, y ha ido y ¿qué ha hecho?

Se ha metido en una taberna, ha pedido una azumbre de lo barato, y entre sorbo y sorbo ha ido soltando la gruesa de frases que desde el martes acá están siendo la irrision de todos los españoles.

Parece mentira que contra la literatura ministerial no haya más preservativo que el amoniaco líquido.

Y sin embargo, ¡es el único remedio!

M. Matosés.

LAS ELECCIONES Y LOS PROGRESISTAS.

—¡Victoria en toda la línea! Lean Vds., lean ustedes los telégramas que continuamente se reciben: Cáceres, ganadas; Hellin, ganadas; Tobarra, ganadas; ganadas aquí, ganadas allí... ea, podemos descansar. Que digan ahora si el ministerio tiene ó no tiene arraigo en la opinion pública.

—Páreceme, querido, que se alegra Vd. demasiado pronto. Observe Vd. que muchas de las que titula ganadas lo han sido en efecto, pero... por las oposiciones, y que reducido á su verdadera significacion eso que Vd. llama triunfo, se convierte en una verdadera derrota.

—¿Cómo derrota?

—Sí, amigo mio. Los triunfos poco decisivos siempre son derrotas para el gobierno, que—como Vd. sabe—dispone de tantos elementos para la lucha.

—Bien; pero Vd. conoce que el ministerio no ha recurrido á esos medios, y...

—Yo sé precisamente lo contrario.

—Pues no señor, no ha recurrido á ellos, porque precisamente no daba carácter político á estas elecciones. ¿Vd., sin duda, no ha leído la circular?

—La he leído, por desgracia, y me he dado un mal rato, porque es casi tan larga como mal escrita; pero Vd. comprenderá que los sucesos no tienen el carácter que los ministerios quieren darles, sino el carácter que tienen y no otro. Las elecciones municipales,

ACTUALIDADES.



Tarde lo ha cogido, pero bien.

dígame cuanto decirse quiera, se hallan íntima y esencialmente relacionadas con la política, porque la administración y la política son inseparables, como inseparables son las cuestiones políticas y las sociales, y de nada sirve que nosotros pretendamos separarlas y considerarlas aisladamente; en la realidad, ellas se juntan de nuevo, y juntas marchan, y unidas y simultáneamente se desenvuelven; bien así como á pesar de las abstracciones de los filósofos, la forma y la materia carecen de existencia si no existen juntas. Dígalo si no la circular misma á que usted se ha referido, en que si no con gran exactitud, con bastante detenimiento, se hace comprender ese íntimo enlace que hay entre la historia de nuestros municipios y la historia política de España.

—Eso quiere decir que el ministerio se ha equivocado.

—Sí por cierto; y no es en verdad la primera vez, ni probablemente habrá sido la última.

—Equivocado ó no, el gobierno ha declarado que no concedía significación política á ese acto.

—Una cosa es declararlo, amigo mio, y otra cosa que sea verdad.

—¿Cree Vd. que para el ministerio tenían importancia estas elecciones?

—Pues no he de creerlo; y Vd. también.

—Yo, no por cierto.

—¿Qué significaba entonces aquello de «victoria en toda la línea,» con que Vd. celebraba las elecciones ganadas?

—Era una manera de expresarme.

—Pues ahí lo tiene Vd.: los telegramas oficiales hablaron desde el principio de mesas ganadas y mesas perdidas: donde hay ganancia y hay pérdida algún interés existe. Si el gobierno fuese—como debería serlo—ajeno completamente á este acto de soberanía popular, no hablaría en documentos oficiales de si ganaba ó perdía, ni hubiera manifestado su deseo de excluir de los ayuntamientos á varios partidos políticos.

—Claro es que ni este ni ningún gobierno puede renunciar á la legítima influencia que...

—¡Legítima! Demos que lo sea; ¿y se habrá contentado con ejercitarla legítimamente?

—¡Oh, lo que es eso, si señor! Los mismos ministros han votado la candidatura de oposición; ¿no le sabía Vd.?

—Pero ¿Vd. cree eso?

—¡Pues no he de creerlo!

—Entonces—dispense Vd. la conclusión—está visto que los progresistas se diferencian unos de otros en que los unos parecen tontos y los otros no; pero se parecen en que todos lo son.

Uno.

UN LIBRO.

Confieso ingenuamente que se necesita valor para acometer la empresa á que ha dado cima D. Juan Güell y Renté. Publicar un libro lujoso, magníficamente impreso.

en papel superior; dar á luz un tomo elegantísimo con 300 páginas de poesías sentidas y delicadas, ¿á quién se le ocurre en estos tiempos de prosa y de luchas políticas?

Pues eso ni más ni menos ha hecho el Sr. Güell, y á fuer de ingenuo debo declarar que la lectura de sus *Odas* ha borrado á veces de mi imaginación la figura de Sagasta, las fusiones conservadoras, las amenazas á la Constitución y otros aguinaldos próximos venideros, para lo cual ¡vamos! se necesita todo el interés que verdaderamente tiene el libro citado.

Lástima es que el Sr. Güell no sea todo lo poeta contemporáneo que yo quisiera; lástima que la mayor parte de sus asuntos no tengan todo el interés que exige la época que atravesamos; lástima que algunos arcaísmos, algunos giros poco nuevos quiten á sus *Odas* una parte muy importante del atractivo que debieran tener; pero esto al fin es una opinión exclusivamente mía, y el poeta puede encontrar más halagüeño cantar la brillantez de la luna y las bellezas de Cuba, donde evoca:

«Dulces recuerdos de la patria mía,
alegre remembranza
de aquella gloria que gozar solía.»

que recriminar á una sociedad que aun arrebatada vidas, en nombre de la vindicta pública, según llaman á no sé qué cosa.

Esta inclinación mía me ha hecho fijarme más en las *Odas* tituladas *A la Imprenta*, *A la juventud*, *A las artes* y *A la abolición de la esclavitud*, que considero las mejores. Con especialidad la última es la que más me ha agradado, y en la que el poeta, en mi concepto, ha dado á la composición una energía y una virilidad de que por regla general carece. Véase cómo empieza:

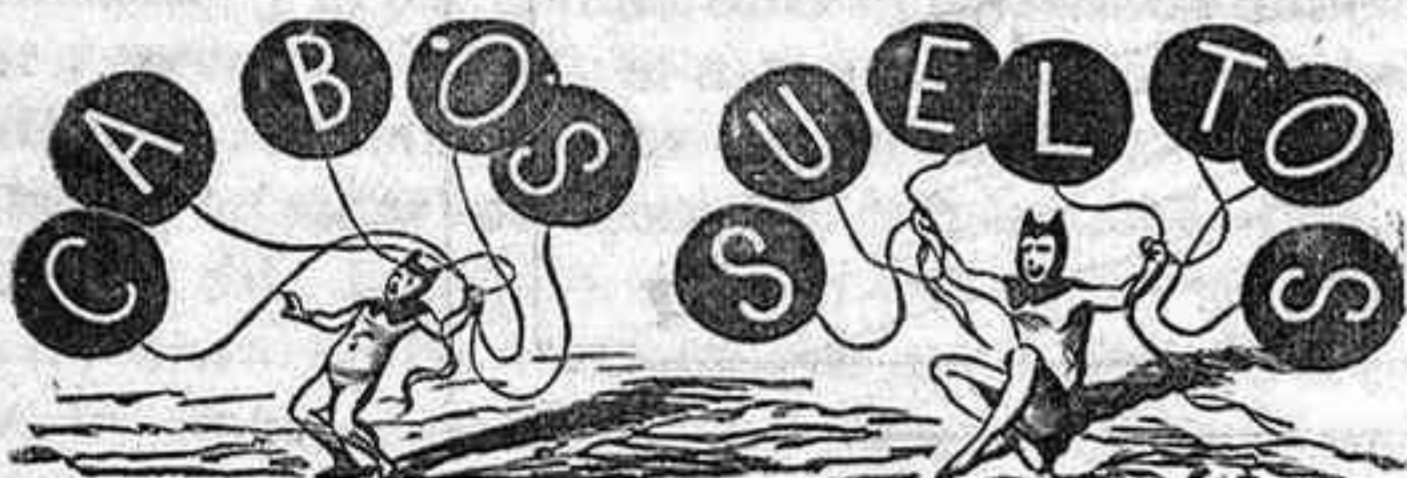
¡Voz de la humanidad, mi acento inspira!
Haz que el raudal reciente
de santa indignación hinche mis venas;
que en mi canto valiente
se oiga el áspero son de las cadenas,
el eterno gemido de una raza
cuando las carnes del convulso esclavo
el látigo crujiente despedaza...

Pero repito que esta robustez no es común en el Sr. Güell, cuya lira parece templada para cantar los más inocentes y pueriles sentimientos.

Así es que sus composiciones tituladas *Sombra!*, *Soledad*, *La gota de rocío* y otras por el estilo me parecen más espontáneas, aunque menos interesantes.

No dispongo de tiempo ni de espacio suficiente para dar acerca de este libro la opinión completa que él se merece. Conste, sin embargo, que en mi juicio debe ser leído por el público, que después de todo es el que ha de fallar la cuestión en definitiva. En este concepto yo me atrevo á recomendarle á aquellos cuya posición les permita adquirirle, y digo esto porque otro de los defectos de esta obra es la de hallarse fuera del alcance de las personas poco acomodadas, que casi son las únicas que hoy leen y las que saborearían con placer las composiciones del señor Güell.

Corzuelo.



La *Epoca* dice que si la reunión de los unionistas fué poco favorable á la dinastía reinante, tampoco lo fué la de los radicales en el circo de Price.

Y yo saco esta cuenta.

Ni radicales, ni conservadores, ni republicanos, ni carlistas...

Pues si le quitan el don,
¿qué le queda á Montalban?

El *Argos* del jueves me anunciaba para hoy la solución de un jeroglífico político.

Ha llegado el domingo, y ni veo los cañones, ni oigo las descargas de fusilería, ni...

¿Se ha equivocado de fecha el colega?

Un preso llegado de tránsito á la cárcel de Madrid ha muerto de frío.

No le sucederá otro tanto al dinero de la suscripción de Alcira, porque no viaja.

Doña Luisa Fernanda está impaciente por volver al lado de su esposo; este está impaciente por venir á las Cortes; yo estoy impaciente porque venga á España la formalidad alguna vez; Vd. estará impaciente por saber qué deduzco yo de todo esto...
¡Cuánta impaciencia!

Cuestión diplomática.

«Se ha renunciado á convidar señoras á las comidas de palacio.»

¿Pedirá sus credenciales el cuerpo diplomático?
¡Cielos!

El otro día se comentaba la anterior noticia de una manera... ¡uff!

Decía uno: «Pero, vamos á ver, ¿por qué no se convida á las señoras? ¿Hay celos?»

Y contestaba otro: «No señor; es que las señoras de ahora comen mucho... pero ¡mucho! y como...»

«Basta, ¡ahora lo comprendo todo!» añadió el primero.

Hoy, á merced de la ambición funesta de un partido llamado progresista, llora la España, y fuerza es que resista tanto baldon entre *folgorio* y fiesta.

La libertad junto al abismo puesta;
los derechos torciéndose á la vista;
y mientras come la moral por lista,
el pueblo paga y sin cenar se acuesta.

¡Gloria al gobierno calamar-langosta,
plaga que nos destruye, nos devasta,
que nos pisa, nos troncha, nos agosta,

Nos pudre, nos deshace, nos aplasta...!

¡Esta es la España bajo el yugo Aosta!
¡Digna en verdad del inmortal Sagasta!

El duque de Montpensier se ha incomodado porque no se le da participación en la educación de don Alfonsillo.

Pero, señor duque, ¿á qué quería Vd. enseñarle?

¿A ser ambicioso? ¿A burlarse de las naciones? ¿A intrigar? ¡Pues si de eso sabe mamá más que siete obispos!

¿A comprar partidarios? ¡Pues si Vd. los ha perdido casi todos!

¿A ser diputado y no asistir al Congreso? ¡Valiente ciencia!

Un periódico exclama, ya harto de lo que sucede:

«Lo que está pasando en Cádiz es inconcebible.»

¿Sí? ¿Y lo que pasa en el resto de España? ¿Lo concibe Vd.? Pues... ¡buen parto, amiguito!

La *Iberia* se burla de las dotes oratorias del señor Moncasi.

Lo peor que le pudiera suceder á Moncasi es verse recriminado en ese terreno por el filólogo colega.

—«Niños: *Zordao* ze escribe con ele.»

¿Con que según el alcalde de Palau carecen de derecho electoral los que no tengan cédula de empadronamiento?

Pero, señor, ¿están empadronados todos los ministros? ¡Yo creo que no!

La autoridad ha mandado recoger todos los ejemplares que ha encontrado á mano de *El Trabuco*.

¡Es claro! ¿No ve Vd. que estamos en tiempo de elecciones y que esa arma es puramente ministerial?

Habría dicho el gobernador: «Vengan acá todos los trabucos que se encuentren.»

Sistema gana-elecciones.

El alcalde.—¿Quién lleva ventaja?

El presidente de mesa.—Señor, los republicanos.

El alcalde.—Se suspende la elección.

El gobierno.—Señor oficial, extienda Vd. un diploma de Isabel la Católica para ese celoso funcionario.

Corre impresa por los periódicos la entrega 50 de una obra titulada *El secuestro de una suma ó la suscripción de Alcira*.

El autor ó autores manejan tan bien el asunto que á estas fechas no se sabe dónde paran 57.852 reales.

Con objeto de ganar las elecciones en Valladolid, el gobierno ha tolerado que se reduzcan á la mitad los electores de la capital.

¿Será de extrañar después que se reciban á silbidos los elegidos por una parte de la mitad electoral?

Se busca una nueva fórmula para que el clero pueda jurar la Constitución.

¡Ah! quién fuera cura para decirle al gobierno: «Pues si no me da Vd. las pagas atrasadas, y sus réditos, y una indemnización, y no aumenta Vd. nuestro presupuesto, y no nos devuelven los bienes que nos tomaron, no juro.»

Yo soy Barba Azul, chipé;
lo que juró bien lo sé.

Una señora que se llama Isabel ha dirigido desde Berna á París un telegrama «A la reina Cristina.»

¿Reina Cristina? ¿Hay en Francia alguna reina que se llame Cristina? Estoy cavilando hace una hora y no doy con ello.

¿En qué año estamos? ¿En el 1871 ó en el 1833?

El que no haya visto representar en el teatro de la Alhambra *La Dama de las Camelias*, no es tan feliz como podría serlo.

La ejecución vale más que el drama en nuestro concepto.

Especialmente Elvira Pasquali revela dotes de actriz extraordinarias.

¡Qué garbo! ¡Qué movilidad de afectos! No se convierte en calamar ningún demagogo, no se resella progresista alguno, con la verosimilitud, la suavidad, la conciencia de la artista.

Vedla y aplaudidla... O si no, vedla, que ya sé yo que la aplaudireis.

La Dinastía se ha eclipsado.

No la dinastía Borbon, sino la Popular.

Si señor: el periódico *La Dinastía popular* ha suspendido su publicación.

Toda vez que hay dinastías que viven lo que un periódico, no extrañemos que haya periódicos que vivan lo que una dinastía.

CHARADA.

Primera y segunda
á cualquiera espanta;
segunda y primera
á cualquiera agrada;
nada la que sigue
te dice en sustancia;
pero el todo... ¡el todo
hoy en zancos anda!

(La solución en el número próximo.)

ALMANAQUE DE GIL BLAS

PARA 1872.

Ya está concluido, y con el presente número se reparte á los suscritores de Madrid é inmediatamente á los de provincias.

Se halla de venta en las principales librerías.

Contiene:

Juicio del año, por Rivera.

Compromiso, por J. Velazquez y Sanchez.

Al baile (monólogo de un hortera), por Corzuelo.

Varios versos, por Velazquez y Sanchez.

Problema social, por Rivera.

La feria de Sevilla, por...

A mí no me la dá Vd., por Matoses.

Fábula, por Palacio.

El que nace para duque, por Corzuelo.

La señora benéfica, por Rivera.

Garibay II, por Sanchez Perez.

A un amigo, por Taboada.

El 34 y 35, por Robert.

Los valientes, por Blasco.

Los pollos y la muerte del oro, por Palacio.

Más de cuarenta caricaturas nuevas de Pellicer y Perea.

El Carnaval y los políticos, caricaturas, por Ortego.

Precio á los no suscritores: 4 rs.

TIENDA DEL SOL,

Carretas, núm. 18.

BORDADOS ALEMANES.

Gran surtido en zapatillas y almohadones, muy convenientes por sus bajos precios.

Se siguen vendiendo los bonitos y variados tapetes para butacas en punto de crossé (dibujos nuevos).

MADRID: 1871.

IMPRESA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.